

## BIBLIOGRAFÍA

BRAINARD, MARCUS, *State Belief and its Neutralization. Husserl's System of Phenomenology in Ideas I*, University of New York Press, 2002, 331 págs.

El interés por el estudio de la fenomenología de Husserl, lejos de disminuir, persiste en nuestros días, y es posible explicar esa vigencia, además de por su valor intrínseco, por la necesidad de dar hoy una respuesta a dos desafíos de la filosofía de nuestro tiempo: la llamada “crisis de la razón”, y el cuestionamiento de la centralidad del sujeto humano. Ambos problemas han sido el fruto de una compleja evolución de ideas que compromete no sólo los giros operados por las filosofías del lenguaje (tanto las analíticas como las “continentales”), sino también por algunas derivaciones de la fenomenología, que tiene como referentes las obras de M. Heidegger y M. Merleau-Ponty.

Es en tal contexto en el que hay que ubicar la presente obra de M. Brainard, que realiza un análisis riguroso y pormenorizado del contenido de *Ideen I*, obra aparecida en 1913, que presenta por primera vez la descripción completa no sólo del método fenomenológico, sino también de sus tesis teóricas centrales y de su proyección programática hacia un saber sistemático radical y universal. El trabajo de Brainard se articula en cinco capítulos, el último de los cuales resume las conclusiones de la investigación. El autor plantea con claridad el tema en el Prefacio: su propósito se dirige a poner de relieve el sentido antinaturalista de la fenomenología. Para ello es preciso profundizar la radicalidad de la epoché, afirmando la primacía de un pensamiento a-temporal sobre la creencia en un mundo natural en continuo devenir (p. XVII). Brainard se propone ir al sentido profundo de la fenomenología husserliana, más allá de los modos concretos de expresión del filósofo.

En el primer capítulo (Introduction) el autor precisa que se propone reafirmar el sentido originario de la fenomenología, tomando distancia de las interpretaciones que han puesto de relieve el momento “genético” frente al momento “estático”, es decir de las lecturas que han desarrollado los temas que afloran en el período que gira en torno a la *Meditaciones cartesianas*, y que comprende las admirables páginas de *Analysen zur passiven Synthesis*, *Experiencia y Juicio*, para culminar en la obra *Krisis*. En estas últimas obras, así como en muchos escritos póstumos, Husserl tomó mayor conciencia de que la exploración fenomenológica, llevada a su más consecuente visión, requería no sólo la afirmación de las esencias, la importancia de la epoché y el ideal de una razón que alcanzara la *Mathesis universalis*, sino la inmersión de la intencionalidad en el mundo de la vida (*Lebenswelt*) y la toma de conciencia del darse de un horizonte de mundo anterior a la actitud propiamente reflexiva de la analítica fenomenológica.

Brainard considera que para corregir desviaciones tan importantes como las operadas por Heidegger y Merleau-Ponty, que pueden sintetizarse, a pesar de sus diferencias, en el proceso de una "mundanización del sentido", y por lo tanto pueden considerarse como un proemio a la crisis del primado de la razón en aras de la temporalidad o de la corporeidad, debe retornarse al sentido originario de la fenomenología, que estaría representado, tras el exordio de las Investigaciones Lógicas, por Ideen I. En otras palabras privilegia el sentido "estático" —en el sentido de una no subordinación a la temporalidad— de la razón husserliana, entendiendo su pensamiento como sistemático y claramente idealista.

Para justificar su enfoque, toma pie de la resuelta afirmación husserliana de la racionalidad, expresada en su última obra *Krisis*, en la cual sin embargo abundan las temáticas del momento genético de la fenomenología. Esa fe en la racionalidad sólo puede llegar a su pureza y transparencia, si se radicaliza la epoché, la neutralización de la creencia en la realidad del mundo natural. Es por eso que el autor privilegia un retorno, que podría llamarse casi revisionista, al escrito programático *La filosofía como ciencia estricta*, de 1911 (p.17). En ese contexto es al mismo tiempo revalorizado lo que Husserl denominó "el principio de los principios", el de la intuición plena del sentido de las esencias, y la epoché, entendida como radical neutralización de la creencia natural, o de la actitud naturalista.

Nada extraño que, en esta perspectiva, Ideen I sea vista como la presentación de una "sistema" (p.21), o más bien como un inicio radical de una ciencia de la autoconciencia plena de la razón. Esta es identificada con la verdad, constituida por la correlación entre el polo del Ego por un lado y por la apofanticidad de las esencias por otro: la razón está latente en toda subjetividad (p. 25). En el comienzo está implícito el sistema.

El estudio de Brainard supone una lectura muy detallada y atenta de Ideen I, entendida como la verdadera crítica de la razón en un sentido más radical que la elaborada por Kant. De allí que ocupe un lugar destacado lo que el autor llama "epoché logotectónica" (p.28, *passim*). El único modo de deslindar la mentalidad aferrada a la doxa y al escepticismo consiguiente, es reafirmar la confianza plena en la razón, y para ello el instrumento es la "suspensión" de la tesis de la realidad del mundo natural, y luego la reducción transcendental en la que el yo se descubre como polo constituyente de las objetividades de sentido.

En el capítulo segundo, Brainard explicita aún más la "propedéutica fenomenológica", acentuando la continuidad entre Investigaciones Lógicas e Ideen I, y explicando lo que puede considerarse como el pórtico inicial de esta famosa obra: la distinción entre hecho y esencia. Y ya aquí se contraponen la actitud natural con la intuición de esencias ideales, trans-temporales y necesarias: es, por decirlo así, una primera liberación de la razón (p. 41). Los análisis de la relación entre esencias universales y sus individuaciones son exactas, así como también los referidos a la intencionalidad y a las *Sachverhalten*. De allí surge la afirmación de un proyecto de ontología. Brainard considera necesaria la reafirmación de este rasgo de la fenomenología como

“sistema”, aunque entiende la dimensión de lo ontológico (con sus respectivas ontologías regionales) como inmanente a la razón. Hay, una vez más, una clara toma de posición de la ubicación de la fenomenología contra el empirismo, el naturalismo y el escepticismo (pp. 50-52). Pero el autor lleva esta instancia, auténtica y constante en Husserl, a la afirmación de un idealismo riguroso: la prioridad del pensamiento sobre el ser (*passim*).

Hay luego un amplio desarrollo del tema de la epoché, y de las reducciones fenomenológicas, interpretadas siempre en vista de la neutralización de la creencia en la existencia del mundo natural (lo que Brainard denomina “tesis general”; p. 61). Tampoco está conforme nuestro autor con el excesivo acercamiento de Husserl a Descartes: el radicalismo de la fenomenología es mayor. Todo desemboca en el primado de la conciencia pura, o sea de la pura razón (p. 75ss). Después de explicar el tema de la intencionalidad, se subraya que la posición de Husserl es acentuar la prioridad de la inmanencia sobre la trascendencia. El ser absoluto es la razón, y Brainard fuerza un tanto el andar del propio Husserl cuando habla de una “destrucción de la trascendencia” (p. 93, y de una “aniquilación” del mundo (p.96).

El capítulo tercero se propone explicitar el ascenso desde la pura subjetividad hasta la razón desplegada en todos sus correlatos ontológicos. Creemos que hay aquí una visión muy fuerte del ideal de la “ciencia rigurosa” que es entendida como una forma de racionalismo y de inmanentismo radicales. El primado de la reflexión (p. 121) confluye en la afirmación de un Ego puro, el cual es interpretado como el punto de partida hacia el logro de un sistema de la razón inmanente. La mediadora de este paso es la continuidad entre intencionalidad y constitución (p. 131).

La correlación noético-noemática es vista desde una óptica de la inmanencia absoluta de la vida consciente (p. 133ss.). Las páginas que siguen son una prolija descripción de los pasos de *Ideen I*, con las diversas proyecciones de la intencionalidad (conocimiento, valores, praxis); y creemos no obstante que el autor unifica demasiado la toma de distancia husserliana respecto de la doxa y del naturalismo, con lo que Brainard denomina la “destrucción de la trascendencia” y de la creencia en la realidad del mundo externo, dos temas que no se identifican en realidad. Proyecta así a la lectura de *Ideen I* una temática (la de la creencia, Glaube) que se halla más tematizada en las obras “genéticas” de Husserl, en particular en la *Krisis*, obra de la que el autor parece rescatar casi con exclusividad la temática del racionalismo. De manera que el poder de neutralización de tal creencia es erigido en motivo conductor y en punto neurálgico del sentido profundo de la fenomenología. Tampoco faltan las descripciones en torno al rol de la fantasía y de las variaciones imaginativas, que en Husserl cumplen el rol de manifestar más claramente la distinción de la intuición intelectual de las esencias.

El cuarto capítulo aborda el “límite superior” del sistema: la razón. Efectivamente el tratamiento de la razón ocupa un puesto relevante en *Ideen I*, y está íntimamente relacionado con el tema de la verdad y del ser. Brainard interpreta esta relación en un sentido claramente inmanentista no dando tanto relieve al tema que se abre paso en las obra de madurez de Husserl,

que puede sintetizarse en la sentencia de la "transcendencia en o desde la inmanencia", un tema que merecería un estudio aparte.

Finalmente el quinto capítulo, que tiene como objeto el movimiento fenomenológico, y que recopila las colusiones del trabajo, constituye una crítica a las desviaciones habidas desde Heidegger y Merleau Ponty, que como dijimos además de debilitar el primado del Ego trascendental, atacaron, desde distintas motivaciones, el tema de la intuición de las esencias y la denominada "ontología de la presencia" objetivante. Llama la atención que Brainard no haga referencia más explícita en el texto a otras interpretaciones, como las de Fink, Ingarden, Landgrebe, Patocka, etcétera, que hubieran ayudado a equilibrar más su lectura.

Estamos de acuerdo con la afirmación de que con Heidegger y Merleau Ponty se presentan visiones que se alejan claramente de la fenomenología tal como la había concebido Husserl. Pero creemos que el sentido auténtico del pensamiento del fundador no tiene por qué replegarse en un inmanentismo tan riguroso, y desde un punto de vista metodológico, tenemos reservas respecto a la separación entre el momento estático y el momento genético de la fenomenología. Husserl no habló propiamente de una aniquilación o destrucción de la creencia en el mundo natural, sino de una suspensión, puesta entre paréntesis, en vista de una mayor apodicticidad de la verdad, postura que claramente pone de relieve su rechazo del naturalismo. La clave que debiera deslindar la diferencia entre estas interpretaciones estaría dada por el modo en que Husserl concibe el ser, y por lo tanto también la verdad.

Por otra parte un racionalismo inmanentista tan rígido no encuentra un modo para explicar suficientemente lo que hay de continua apertura de horizonte en el pensamiento husserliano, incluyendo *Ideen I*. Husserl fue fiel al racionalismo de esta obra, pero no entendió, a nuestro juicio, afirmar un inmanentismo absoluto de la razón. Comprenderemos mejor la intención de Brainard tal vez, si tenemos en cuenta los acontecimientos de la filosofía occidental en las últimas décadas. Estas han señalado una confluencia hacia un nuevo naturalismo, tanto por parte de las corrientes analíticas y pragmatistas (baste recordar una obra como *La experiencia y la naturaleza*, de J. Dewey, 1925) como por parte de las "mundanizaciones del sentido" provenientes de las interpretaciones de la fenomenología de Heidegger y de Merleau Ponty, instancias que sin duda han debilitado el primado moderno del yo y de la racionalidad.

Creemos sin embargo que se pueden evitar estos escollos redescubriendo a Husserl desde una óptica que da el primado a la persona humana, sin reiterar formas ya perimidas de inmanentismo radical de la conciencia pura, reivindicando el protagonismo del sujeto humano visto en relación de intersubjetividad, dando en fin un sentido nuevo —no destruyéndola— a su apertura hacia lo real y hacia lo trascendente "desde la inmanencia".